

que lo llevaron á ser prisionero del enemigo y á temer por su vida, todo juicio relativo á la traición del indigno general, y á la complicidad de Filisola, jefe del ejército por la prisión de aquél, y responsable de la retirada, debe necesariamente ser precedido por un estudio de las faltas de todo género que nos pusieron á merced de Houston, y de las crueldades que llenaban de encono al enemigo. Ampliemos, pues, las anteriores noticias.

Dueño de San Antonio el ejército mexicano, ¿debía seguir adelante ó tomar el Alamo en el que se había encerrado Travis con menos de 200 hombres? Como Santa Anna no llevaba artillería de sitio, era inútil pensar en adueñarse de la posición, sino por traición, sorpresa ó asalto. Los sitiados no daban lugar á los dos primeros medios, y Santa Anna resolvió el asalto. Las tropas se portaron bravamente y los defensores empeñaron una resistencia heroica: murieron casi todos éstos, y los nuestros perdieron 300 heridos y 70 muertos. Después de la acción, Santa Anna, no satisfecho con el sacrificio impuesto al ejército, sin necesidad evidente que lo aconsejara, manchó el valor de los vencedores é insultó el infortunio de los vencidos, ordenando que se fusilara á los contados supervivientes de los indomables que habían defendido el Alamo. Esto acontecía el 9 de Marzo: el 1º se había reunido en Brazoria la convención de Texas proclamando la absoluta independencia y constituyendo el gobierno de la República, compuesto de presidente, vicepresidente, secretarios de Estado, de guerra, de marina y de hacienda, y procurador general. Para el puesto de presidente fué elegido David G. Burnett, Zavala para el de vicepresidente, y para los otros puestos mencionados se nombró á Samuel P. Carson, Thomas J. Rusk, Robert Potter, Bailey Hardiman y David Thomas. En el mismo mes se adoptó la constitución, cuyo rasgo saliente era la energía con que afirmaba el principio inhumano,—la esclavitud,—y la prohibición de introducir negros que no procedieran de los Estados Unidos.

Urrea, encargado, como ya se ha dicho, de oponerse al avance de los texanos sobre Matamoros—avance que fué causa de las disensiones entre el gobernador y el consejo de Texas y de que no se enviaran refuerzos en auxilio del Alamo,—llegó á Matamoros á fines de Enero, y un día antes de que Santa Anna entrara á Béjar, esto es, el 27 de Febrero, tomó San Patricio. En los Cuates de Agua Dulce desbarató el 2 de Marzo la partida de Grant y Brown; volvió á San Patricio, y el 13 marchó con dirección á Golhiad; pero ha-

biendo sabido que en la Misión del Refugio había un buen golpe de gente enemiga, quiso tomar el punto, lo que logró. Durante la noche del ataque al Refugio, Ward, jefe del punto, logró escapar con su gente. Después de estas acciones sin importancia, aun le quedaba á Urrea por hacer lo principal: destruir la fuerza de Fannin que constaba de más de 300 hombres, y perseguir al fugitivo Ward, escapado del Refugio. El 14 de Marzo recibió Fannin orden de Houston para que marchara á Guadalupe Victoria; pero en vez de ponerse en camino, envió correos recomendando á los jefes de Matagorda y de la Concepción que se le incorporaran. Los correos fueron detenidos por las fuerzas de Urrea, y Fannin, ignorando el paradero de Ward, seguía esperando á éste, hasta que por último resolvió emprender la retirada. Pero ya era tarde: Urrea estaba en las inmediaciones de Golhiad, y se lanzó en pos de él, dándole alcance en el Llano del Perdido, el día 19, á las dos de la tarde. Se trabó la pelea, sostenida con bravura por ambas partes, hasta que la obscuridad de la noche le dió fin. Fannin quedó herido, y este hecho explica en parte la rendición del día siguiente. Amaneció el 20, y el general Urrea se disponía á romper el fuego contando con dos piezas de artillería que recibió á las seis de la mañana. Fannin estaba en una situación insostenible: ocupaba la hondonada del llano, y para ponerse en cobro dentro del bosque vecino, tenía que abandonar sus heridos é impedimenta, aun suponiendo que hubiera podido retirarse. Se habló de rendición, y ésta se hizo á discreción, obligándose el general Urrea á alcanzar para el vencido la clemencia del gobierno. Volveremos sobre esto en su oportunidad, al tratar de la suerte que corrieron los prisioneros que hizo Urrea desde que comenzó, con más actividad, valor y pericia, las operaciones de la columna confiada á su dirección. Después de la acción del Encinal del Perdido, las fuerzas de Urrea dieron alcance á las de Ward, quien se rindió el 22, siendo conducido á Golhiad. Libre de rebeldes aquella parte de la costa, Urrea siguió su marcha á Matagorda y Brazoria, ya no para combatir, sino sólo para ocupar estos lugares y asegurar el desembarco de provisiones que debían llegar de Matamoros.

Houston había avanzado á González al proclamarse la independencia, para hacer frente al invasor en la parte mexicana de Texas. El 11 de Marzo llegó á la villa del Guadalupe en donde encontró la noticia del desastre del Alamo: corrió un estremecimiento de miedo y horror por las colonias; los habitantes huyeron y los

soldados desertaron. Houston emprendió la retirada, al frente de sus mesnadas descontentas de extranjeros y colonos. Las fuerzas de Houston querían pelear; Houston quería esquivar toda acción decisiva, sabiendo que el enemigo tenía de su parte la fuerza y la disciplina, que es otra fuerza. Su plan—y acaso obraba de concierto con el General Jackson, presidente de los Estados Unidos,—era retirarse al Sabina, ó al Trinidad por lo menos; aguardar los refuerzos de los Estados Unidos, y volver con 5,000 voluntarios contra el ejército de Santa Anna. Por aquellos días se preparaba una invasión norteamericana, no de aventureros, sino de soldados de línea, mandados por el General Gaines. No bien comenzaron las operaciones de la ocupación mexicana de Texas, aquel Jefe cruzó el Sabina y ocupó Nacogdoches. Realizado el plan de Houston ¿hubiera entrado en él, supuesta la inteligencia en que estaban éste y el presidente Jackson, buscar un pretexto de conflicto internacional para que las fuerzas regulares de los Estados Unidos se arrojaran sobre Santa Anna y lograran en 15 días la destrucción de nuestros ejércitos y la conquista de Texas? Houston, amigo y agente confidencial de Jackson no podía revelar á nadie, ni al gobierno de Texas, inocente instrumento, que manejaba á su placer, un plan que reclamaba el más estricto secreto, no sólo para su éxito, sino para no atraer sobre Jackson, en caso de imprudentes revelaciones, una acusación que de seguro podía prosperar aun ante las mayorías sudistas. Reuniendo, pues, Houston el carácter de político norteamericano y el de soldado de Texas, tenía que co-honestar sus acciones encaminadas á favorecer los proyectos de Jackson cubriéndolos bajo la apariencia de miras estratégicas. Pero abandonando conjeturas, buenas sólo para iluminar hechos dudosos, son verdades indiscutibles las siguientes: que Houston se retiraba por creer insuficientes sus fuerzas para oponerlas á las de Santa Anna, y que con el fin de justificar su retirada, garantizaba al gobierno de Texas, con su palabra de honor y de soldado, que Santa Anna no podría cruzar el Colorado y el Brazos.¹ Al saber la rendición de Fannin, el día 25 de Marzo, Houston, que había ordenado á aquél, que marchara á Victoria, si no con el propósito que se le atribuye, de dar batalla, por lo menos para poder aceptarla en último extremo, siguió su retirada. Pasó por S. Feli-

¹ "No temo que el enemigo llegue á las colonias, es decir, á las del Colorado, puesto que el país situado al occidente es un desierto. En esta primavera, la hierba no crece en las llanuras."—Campo del Navidad, Marzo 15. Al Secretario de Guerra de la República de Texas.

pe, que fué incendiado en un momento de terror, creyendo que nuestras fuerzas avanzaban, y remontando el Brazos, acampó frente al llamado paso de Groce (Gross escriben los mexicanos). Permaneció, allí, en un islote, pues su campamento quedó rodeado por las aguas que inundaban los márgenes del río en aquella pluviosa primavera.

El siguiente día de la toma del Alamo, tuvo Santa Anna conocimiento de los dos primeros resultados que obtuvo Urrea en su expedición, y el regocijo y el orgullo ofuscaron más aún su pobre espíritu. Pasaron días y fueron llegando las fuerzas de la tercera brigada. ¡Ya sólo le quedaba consumir el triunfo! El resto de la campaña era un ejercicio recreativo, una batida por las colonias para acabar con los pocos rebeldes agazapados que aun quedaran. Resolvió dividir sus fuerzas, desplegándolas como una escoba para barrer con ellas el territorio insurrecto: Gaona con 700 hombres debía dirigirse á Nacogdoches y Natches; Urrea con 1,300, á Matagorda, Brazoria y Columbia; Ramírez y Sesma con 1400 á San Jacinto; las fuerzas que desembarcaron en Gálveston, á Anáhuac y Libertad. Santa Anna, por su parte, salió de Béjar el 31 de Marzo, previniendo «por la orden general del día que toda la brigada de caballería, á las órdenes del Sr. General D. Juan José de Andrade, y los depósitos y piquetes de los batallones permanentes, Guerrero, Matamoros y Jiménez, los de activos de Querétaro y primero de México, todas las piezas de artillería que se hallaban en aquel cuártel general y se habían traído de México, y los treinta y dos carros de conducción de la pertenencia de D. José Lombardero y Compañía, se dispusiesen para salir el día 1^o de Abril con dirección á San Luis Potosí, en razón al crecido gasto que por su contrata hacían.»¹ ¿Por qué dictó Santa Anna tales disposiciones? Filisola lo explica: «Después de la toma del recinto del Alamo, acontecida el día 9 de Marzo, y la insignificante ventaja de la muerte del Dr. Grant, con la de veinte aventureros y tres mexicanos que lo acompañaban, acaecida el día 2 del mismo mes, y de la que se tuvo noticia en Béjar el día 7, ya supuso el presidente general en jefe que los enemigos no volverían á dar la cara y que de consiguiente, la guerra estaba concluída.»² Iba, pues, el general presidente á embarcarse en la goleta *General Bravo*, que debía esperar sus órdenes en el Cópago y á coger, de paso, algunos laureles más, para ceñírselos en su vuelta triunfal á San Luis y á Méxi-

¹ Filisola, *Representación al Supremo Gobierno*.

² *Possim*.

co. El 2 de Abril pasó el Guadalupe, dejando atrás á los batallones de zapadores y activo de Guadalajara que iban á reforzar á Ramírez y Sesma, así como á la artillería mandada por Ampudia. Filsola, segundo de Santa Anna, se quedó *expeditando el paso*. Siguió el General en jefe su marcha, el 5 llegó al Colorado, que había atravesado ya Sesma, y el 7 entró en S. Felipe de Austin con la división. «Esta población, dice Santa Anna, cuyas palabras importa citar y retener, pues son la confesión de su desgobernada conducta, esta población no existía ya, porque el enemigo la había incendiado y había hecho internar á sus moradores como lo hizo en González. Entre aquellas ruinas se aprehendió á un angloamericano armado, y declaró que pertenecía á un destacamento como de 150 hombres, situado al otro lado para defender el país; que las poblaciones se quemaban para quitar los recursos á los mexicanos, por mandato de su General Samuel Houston, quien se encontraba en un bosque del paso de Gross (Groce), quince leguas distante de nuestra izquierda, con sólo 800 hombres que le habían quedado; y que tenía intención de retirarse al río Trinidad, si los mexicanos atravesaban el río Bravo.»¹ Santa Anna quiso pasar el río; buscó un vado, y no encontrándolo, el día 8 ordenó la construcción de barcas chatas. Dos de éstas eran necesarias, por lo menos. Santa Anna dice que en diez ó doce días hubieran podido construirse, dada la distancia á que se encontraban los materiales; pero Martínez Caso hace esta objeción: «Dos americanos carpinteros que se nos habían reunido, auxiliados de otros individuos, en día y medio casi concluyeron uno de dichos chalanes, de manera que en tres hubieran concluido los dos. ¿Cómo, pues, diez ó doce días para su construcción?» Aceptamos el cálculo de Santa Anna: malo era aguardar hasta el día 20, pero desechada la espera, quedaban otros partidos que no implicaban el fraccionamiento de las fuerzas. «La situación del Jefe enemigo,—continúa Santa Anna,—no me era ya desconocida. Intimidado por los triunfos sucesivos de nuestro ejército, despavorido á la vista de rápidos movimientos sobre un terreno que naturalmente opone obstáculos casi invencibles á ellos, y sufriendo deserción y escasez, que le impelían á buscar la salvación de la retirada que emprendía, nada más conveniente que perseguirlo y batirlo antes de que pudiera reponerse.»² En la opinión de Santa Anna sobre la situación

¹ Parte de Santa Anna, Marzo 11 de 1837.

² *Loc. cit.*

del General Houston hay datos erróneos, pero ¿no es á veces la creencia en el desaliento del contrario prenda de audacia y decisión para destruirlo? En ese estado moral, se adelanta el General Santa Anna con 500 granaderos y 50 caballos, toma río abajo, y á doce leguas de San Felipe encuentra el paso de Thomson. «Logré también con este extraordinario movimiento, imprevisto por el enemigo, hacerme de un hermoso chalán y dos canoas.» Ya puede aniquilar á Houston, dándole alcance antes de que llegué al Trinidad. ¿Quién se lo estorba? Gaona anda perdido al Oeste de S. Felipe y no se le incorpora; pero la brigada de Ramírez y Sesma es suficiente, y llega al paso de Thomson en los momentos en que Houston se desprende del Brazos que atraviesa por el vado de Groce. Antes de que transcurran dos días, la historia presenciara una derrota memorable: Houston aniquilado por Santa Anna. Pero ¿qué pasa, por qué se aleja el jefe mexicano del enemigo á quien persigue? Ha atravesado tres ríos de caudal crecido por las recientes lluvias, y no bien va á consumar el acto decisivo de la campaña, á pesar de las numerosas faltas cometidas desde que la inició, cuando su espíritu voluble, superficial y visionario se enamora de la más loca empresa. Hable el delirante y explíquenos su quimera: «Por algunos colonos presentados, uno de ellos mexicano, me cercioré de que en la villa de Harrisburgo, á doce leguas distante, situada en la orilla derecha del balluco Buffalo, residía el nombrado gobierno de Texas, D. Lorenzo Zavala y los demás dictadores de la revolución, y que segura era su aprehensión si rápidamente marchaba alguna tropa sobre ella. La noticia era importante, y más el movimiento indicado, cuyo buen éxito desconcertaría completamente la revolución; y sin confiarla á nadie, procuré aprovecharme de ella: hice trasladar al otro lado del río á los granaderos y cazadores con que había tomado aquel paso, al batallón permanente de Matamoros, á los dragones de mi escolta, una pieza de á seis bien dotada y cincuenta cajones de cartuchos de fusil, y emprendí la marcha con esta fuerza para Harrisburgo el 14 en la tarde.» Allí de las compañías presidiales: cien ginetes, al mando de Ugar-techea, sin cajones de cartuchos ni piezas de artillería, hubieran dado en la noche del 14 sobre el gobierno texano y hecho prisioneros á sus miembros. Pero Santa Anna, general de división, jefe de la campaña, presidente de la República, olvidaba sus deberes y responsabilidades por una hazaña de Infante de Lara, y la acometía, suponiendo que el gobierno texano aguardaba para entregár-

sele. ¡Menguado general y país sin ventura que lo veía al frente de su ejército!

El día 15 en la noche llegó Santa Anna á Harrisburgo, y encontró desierto el lugar. Los miembros del gobierno habían huído á la Isla de Gálveston en su vapor. «Frustrada la aprehensión de los corifeos de la rebelión, sabiendo el paradero del enemigo y su fuerza,—sigue informando Santa Anna,—para mejor combinar mis movimientos ulteriores, dispuse que el coronel D. Juan N. Almonte con los 50 dragones de mi escolta hiciese una descubierta hasta el paso de Lynchburgo y New Washington. Desde este punto me participó dicho coronel, entre otras cosas, que varios colonos encontrados en sus casas aseguraban uniformemente que el general Houston se retiraba para el río Trinidad por el paso de Lynchburgo.» Una vez más, piensa el general Santa Anna en dar el golpe definitivo y cerrar la campaña con el aniquilamiento del único cuerpo de rebeldes que había en todo el territorio de Texas. El lo dice: «Evitar el paso á Houston y destruir de un golpe la fuerza armada y las esperanzas de los revolucionarios, era cosa bien importante para dejar escapar la ocasión. Concebí tomar el paso de Lynchburgo, antes de su llegada, y valerme de las ventajas del terreno.» Si el objeto de todos los cuidados de Santa Anna era la destrucción del cuerpo que mandaba Houston, ¿para qué enviar á Almonte á que hiciese una descubierta hasta el paso de Lynchburgo y New Washington? Echese una ojeada á la carta antigua de Texas y si no la tiene el lector á mano, imagínese que Houston seguía de Oriente á Poniente la línea que une el paso de Groce en el Brazos con el paso de Lynch en el Trinidad, y que Santa Anna se hallaba en Harrisburgo, punto situado al Sur de aquella línea, y más próximo al Trinidad que al Brazos. Así, pues, las posiciones respectivas de Houston, Santa Anna y el paso de Lynch, formaban los tres ángulos de un triángulo, el primero al N. O., el segundo al S. y el tercero al N. E. Para combinar sus movimientos ulteriores, cuyo objeto según él dice, era detener á Houston en el paso de Lynch, envía Santa Anna á Almonte para que hiciese una descubierta hasta el citado paso y New Washington, lugar éste último, de la costa situado al Oriente de Harrisburgo, y al S. E. del paso de Lynch y fuera del triángulo. No se concibe qué objeto podía tener esa descubierta á puntos más distantes del enemigo que aquél de donde era enviado el explorador. Con las noticias de viento contrario que le enviaba Almonte, y que no eran por lo tanto ob-

servaciones directas de descubierta, sino dícere populares, pudo Houston haber pasado el Trinidad sin ser sentido por tan donoso perseguidor. Pero Almonte no era jefe de una descubierta; andaba paseando por la playa de New Washington, fuera del terreno de las operaciones, atisbando buques cargados de víveres, y Santa Anna, al saber los importantísimos entretenimientos de su enviado, ajeno á los fines de una descubierta, no resistió á la tentación de abandonar nuevamente sus planes, y dando la espalda á Houston y alejándose de la línea que éste seguía, dirigióse á New Washington para la más nimia de las operaciones: «Comprometido el Coronel Almonte en el puerto de New Washington, á orillas de la Bahía de Gálveston, con los buques enemigos que podían arribar, á la vez que era necesario asegurar la cantidad de víveres que había logrado aprehender, hice jornada para aquel punto la tarde del día 18. A mi llegada se hallaba á la vista una goleta que por falta de viento no podía alejarse: intenté apresarla para servirme de ella á su tiempo sobre la isla de Gálveston; pero cuando se alistaban los botes y chalanes de que se había provisto también el coronel Almonte, llegó un buque de vapor y le dió fuego.» Mientras Santa Anna jugaba á almirante con chalupas, Houston se acercaba al Trinidad, término de sus cuitas, por tener del otro lado ancha bastilla para reorganizarse y reclutar voluntarios bajo la protección de los soldados regulares mandados por el general Gaines. Houston no pasó el Trinidad porque no quiso. Cuando el 20 supo Santa Anna en New Washington que Houston se acercaba al paso de Lynch, ya era tarde para detener á un fugitivo, si tal hubiera sido todavía el general de los texanos. Santa Anna emprendió la marcha, gesticulando, maldiciendo, golpeando á los soldados, creyendo ir á consumir la destrucción del enemigo; pero cuando llegó al S. Jacinto, Houston aguardaba á pie firme. Las locuras de Santa Anna obsequiaban con una victoria al jefe de los texanos. Locuras, digo, porque si Santa Anna era el último de los usurpadores de un bastón de mando, por ineptitud, ésta no explica los fracasos que sufrió en la guerra y en la política, como no explica sólo su corrupción el número escandaloso de traiciones que comprueba su vida pública. La conducta de Santa Anna en la guerra y en la política no es la de un inepto, sino la de un loco, y así como la química no explica ciertas fermentaciones pútridas, que son de los dominios de las ciencias orgánicas, los errores y faltas de Santa Anna no caben en el inventario del arte que sólo puede conde-

nar las impotencias del espíritu de un general ó de un estadista inferior á su tarea, no desentrañar los elementos de un proceso patológico. En el estudio de los césares, Tácito y Suetonio son deficientes; hace falta el auxilio del alienista. Santa Anna, exteriormente, causa risa; es digno de Molière: analizado, hace pensar, es un enfermo. Su conducta en Texas, violenta y alarmante sucesión de proyectos, revela al maniaco. Un general simplemente inepto, hubiera obrado como obraron Cos y Filisola: Santa Anna acusa un desarreglo funcional del cerebro que desconcierta la atención y le imprime locas oscilaciones. Sale de S. Felipe de Austin, y por seguir á unos fugitivos descubre el paso de Thomson; ¹ atraviesa el río, y olvida á Houston por aprehender á los individuos del gobierno; vuelve á pensar en Houston y se va luego á aprehender goletas con víveres; retrocede é intenta trabar la acción, con la fe del que ha hecho lo necesario para alcanzar el éxito. Antes de esto, había diseminado sus fuerzas: advirtiendo el error pretendió reunir las; pero cuando ya iba á operarse la concentración se aisló voluntariamente y se entregó al enemigo. Explique estos actos Ribot: «El debilitamiento de la atención es extremo en la manía, que consiste, como se sabe, en una sobreexcitación general y permanente de la vida psíquica. La difusión no es sólo interior, sino que se traduce sin cesar exteriormente y se gasta á cada instante. Hay una agitación constante, una necesidad continua de hablar, de gritar, de obrar violentamente. El estado de conciencia se proyecta inmediatamente hacia el exterior En resumen: la vida mental se reduce á una corriente impetuosa de imágenes é ideas; en el orden motor, se manifiesta el estado que describo en un flujo de palabras, gritos, gestos, movimientos impetuosos.—No es necesario detenernos en probar que en la manía se reúnen todas las condiciones contrarias al estado de atención: no hay en ella ni concentración, ni adaptación ni duración posibles. Es el triunfo del automatismo cerebral, entregado á sí mismo y libre de todo freno. . . . En este caos intelectual no dura ningún estado.» «Pero cuando se produce una acción poderosa sobre el espíritu de un maniaco, cuando un acontecimiento imprevisto solicita su atención, no tar-

1 “Es de advertir que dicho extraordinario movimiento—de S. Felipe al paso de Thomson—no fué concebido á nuestra salida de S. Felipe, sino por la casualidad de divisarse á poco rato de ella, cuatro americanos á caballo, á quienes por seguirseles, nos desviamos del camino que llevábamos, y al cual volvimos, después de no haberlos podido alcanzar. Al llegar á una habitación, el cónsul Treviño, que se había adelantado, avisó haber encontrado en otra más adelante, un mulato con su mujer, quien conducido á S. E., declaró que venía del paso Thomson, y que allí había algunos americanos.....” Martínez Caro, *Verdad*, pág. 22, nota 2.

da en hacerse razonable y la razón se sostiene en tanto que la impresión conserva demasiada fuerza para fijar su atención.» (Esquirol, *Maladies mentales*, tomo II, pág. 47) ¹ En qué grado se hallaba la manía de Santa Anna, es cosa que no me toca averiguar. Basta señalar el hecho. Sus faltas militares son de origen patológico. De Cos, del sano y manso de corazón, nadie dirá que estaba loco. El contraste da relieve á la explicación y la justifica.

Sigamos los movimientos de Houston, desde que cruzó el Río Bravo para dirigirse al Trinidad. El Sr. Bulnes consigna y pretende que se consagre por la historia un error fundamental que desvirtúa el sentido de las operaciones ejecutadas por Houston y Santa Anna durante los últimos ocho días de la campaña de Texas, entre los ríos Bravo y Trinidad. Altera la psicología de Santa Anna presentándolo bajo el imperio tiránico de una idea fija, desde la hora en que salió de S. Felipe. Quería embarcarse y á eso tienden todos sus movimientos. Además, creía que la campaña estaba casi concluída. No niego esto último, pues antes bien creo que cualquier general, no siendo tan mentecato como Cos, ni tan insensato como Santa Anna, hubiesen podido aniquilar á Houston antes del 15 de Abril, y sin Houston no habrá ya resistencia armada hasta nueva orden del general Jackson. El fin de la campaña, no el fin de la cuestión texana, era, pues, un resultado que estaba á la vista. Tampoco niego que Santa Anna intentara embarcarse en término más ó menos breve, para Tampico ó Veracruz: de esto hay datos suficientes. Lo que niego es la idea fija; niego que dado el desprecio que sentía por Houston no quisiera destruirlo antes de salir de Texas. Niego que los movimientos de el jefe mexicano se expliquen por el deseo de huír, y no por mil deseos fugitivos contradictorios como nos lo revela el análisis hecho arriba. Sobre todo, niego que Houston se desprendiera del Bravo para perseguir á Santa Anna. Si aquella negativa se funda sólo en la verdad psicológica, ésta emana de la verdad documental. El Sr. Bulnes, contrariando el precepto de Thierry no ha distinguido: tal es la causa de su error. Houston no sigue los mismos propósitos antes y después del 25 de Marzo, antes y después del 19 de Abril. ¿Por qué? Porque el 25 de Marzo sabe que Fannin ha sido derrotado, y que, por lo tanto no puede contar ya con sus mejores fuerzas. ² Después

1 Ribot, *Psychologie de l'attention*.

2 El coronel Benjamín F. Smith, cuartel maestro en ejercicio y ayudante general dice: «El número de soldados del ejército de Houston, cuando se retiró del Colorado, según expone arriba, era de 1390 próximamente, y todos estaban dis-

de haber permanecido seis ú ocho días en el paso Beason á la orilla del Colorado, frente á Ramírez y Sesma, al saber la suerte de Fannin, retrocede hasta el Brazos, al frente de una turba consternada que deserta y se insubordina. ¹ Los colonos, ya se ha dicho huían abandonándolo todo: «Parecía que un huracán de terror desastraba el país,» dice un autor norteamericano. ² Houston permanece en la margen derecha del Brazos, hasta el día 12 de Abril, sufriendo los reproches del gobierno que le echa en cara su pasividad en presencia de su enemigo que avanza triunfante. La eferescencia de los soldados no se abate: llegan hasta pensar en desconocer á Houston y nombrar otro jefe. El 12 de Abril le escribe el Secretario de guerra: «Hay aquí (en Harrisburgo) muchas familias que vinieron animadas por la creencia de que estarían seguras, y que por el contrario se hallan expuestas á caer en manos del enemigo... Ha dado Ud. al gobierno seguridades de que el enemigo jamás cruzaría el Río Brazos, y ha fiado en esas afirmaciones; pero no hay tal cosa y el resultado es que las familias corren un grave peligro de ser destruidas. ³ El país espera que hará Ud. algo en su servicio, el gobierno lo excita para que eso se realice. Ha llegado el momento de decidir si abandonamos el país, saliendo

puestos á batirse.» Esto fué afirmado bajo juramento. El ex-Presidente Anson Jones, que estaba en el ejército dice: «La mañana del día en que nos retiramos del Colorado, teníamos según la noticia oficial del día, más de 1500 hombres (creo que 1570.) Yo ayudé al coronel Joon A. Wharton, ayudante general, á hacer su parte en esa misma mañana, habría por lo menos 100 hombres en el campo, que sin estar inscritos en ninguna compañía, se hallaban dispuestos á batirse. Muchos se dirigían al campo, y hubieran aumentado el efectivo hasta 2,000 hombres. Ahora bien, el general Sesma tenía sólo 600 ó 700 hombres...» «El general Houston con 1,500 ó 1,600 hombres por lo bajo, y valientes como tigres, huyó del Colorado! Peter Kerr, digno ciudadano, que reside actualmente en el Condado de Burnel, y que estaba prisionero en el rancho de Martín de Lem, al oír la noticia de la derrota de Tamsin, se escapó y se apresuró á llevarla al campo de Houston. Excitó al comandante general á que atacara á Sesma, asegurándole que éste sólo tenía como 700 hombres á la sazón. ¡Pero al día siguiente Houston se retiró! Retrocedió cinco millas, con el pretexto de que iba en busca de yerba fresca. Para ocultar la verdadera causa del movimiento que no era sino el principio de la retirada, arrestó á Kerr bajo la imputación de espía. El velo era demasiado transparente para engañar á quien no quisiera dejar de ver la cosa; pero el pretexto, tranquilizó á las tropas. Desde el momento en que comenzó francamente la retirada, el ejército indignado se disolvió como la nieve de la cumbre bajo el fuego del sol zenital. Los ciudadanos de la parte occidental de Texas que habfan abandonado á sus familias en la esperanza de que el enemigo sería derrotado, solicitados por la voz santa de la naturaleza, abandonaron la deshonrada bandera y se lanzaron á proveer á la salvación de sus hogares. El 27 por la mañana, continuó la retirada, y el 28 llegó el ejército á S. Felipe, á orillas del Brazos. Así quedó el hermoso occidente entregado á la devastación de un enemigo tan bárbaro como las hordas de Atila.»—Richardson, citado por Morphis.

¹ Yoakum, tomo II, pág. 119; Bancroft, tomo II, págs. 245—46.

² Bancroft, *Loc. cit.*

³ «Por Dios, no llevéis más adelante la residencia del gobierno. Vuestra salida á Harrisburgo ha contribuído más á aumentar el pánico en el país que todo lo acaecido anteriormente, con excepción de la toma del Alamo. Enviad si podéis

de él como podamos, ó si hacemos frente al enemigo, y una vez al menos, luchamos por nuestra decantada independencia.» Houston contesta con fecha 13: «En González tenía 374 hombres disponibles, sin provisiones, pólvora, balas ni armas; en el Colorado, mis soldados eran 700, sin disciplina ni tiempo para organizarlos. Hace dos días, el efectivo de mi fuerza era de 530 hombres (por todo)... Supuse que sería atacado y que el enemigo intentaría cruzar el río de S. Felipe ó en el punto que yo ocupaba, supuesto que en este último la pradera se acerca más al curso del agua y el lecho presenta más facilidades que en ninguna otra parte. El cañoneo siguió hasta ayer en la mañana arriba de S. Felipe, y como el río estaba muy crecido y supe que el enemigo preparaba balsas en aquel sitio, creí racional suponer que intentaba cruzar por allí si era posible. Antenoche tuve consulta con el secretario de guerra y decidimos él y yo pasar á este lado del río... Ayer en la mañana ordené que la fuerza que está abajo se uniera á la principal, para obrar con rapidez y eficacia en el momento oportuno. Era imposible vigilar todos los pasos del río en una línea de cinco millas, y concentrar la fuerza en un solo punto de una manera conveniente, á menos que fuera esto en el lugar ocupado por la sección principal. Se trata de un ejército invasor, que marcha provisto de todo lo necesario para una expedición de conquista. Hubiera querido retroceder hasta Harrisburgo, pero me detuvo en el Brazos el deseo de calmar el pánico que reinaba, aun contra lo que me indicaban mis opiniones sobre lo que debe hacerse en estas operaciones cincuenta agentes á los Estados Unidos. Ruego á Dios que recibamos ayuda, y muy próxima, de los Estados Unidos, pues de lo contrario la pasaremos mal. Si no fuera por la ayuda que lleno de confianza espero de nuestros hermanos del Norte, no podremos sostenernos.»—Parte de Houston,—29 de Marzo Mill-Creek (arriba de la ciudad de Austin.)

«Si pasara el río, bajaría por la ribera, hasta Fort Bend ó más allá. El enemigo no podrá pasar el río en un mes por lo menos, pues sólo nosotros podremos hacerlo, por medio de un steam-boat que he apresado y conservaré mientras me sea útil. Si llegase yo á pasar el río, dejaré lo mejor de mi caballería de este lado. Envío á Ud. dos prisioneros, Petter Kerr y Beregado, mexicano. Nada puedo decir contra ellos de una manera precisa; pero son sospechosos y es necesario tenerlos á buen recaudo. Puede Ud. permanecer tranquilo en Harrisburgo; el enemigo jamás cruzará (will never cross the Brazos) y creo que pronto cesará el pánico. Al oriente del río se siembra maíz en estos momentos. He ordenado á las tropas que hay río abajo que ocupen todas las posiciones defendibles de dicho río ó de la costa, y que tengan á raya al enemigo. Rumores de guerras que han estallado en lo interior de México, ó dificultades para pasar el Colorado, han ocasionado demora á los mexicanos, y por este momento es casi imposible que crucen las praderas á causa de las lluvias que han caído después de nuestra travesía, (nosotros apenas pudimos pasar con nuestros carros.) Si avanzan, traerán consigo la artillería y deberán pasarla en balsas por el Colorado que está crecido según me dicen, y supongo fuera de madre.»

Parte del general Houston, fechado el 3 de abril. Campamento en la ribera occidental del Brazos.